

SUMARIO

Los dirigibles y la guerra.—La fortificación de campaña, y su elemento fundamental las trincheras abrigos, por Juan Avilés, teniente coronel de Ingenieros.—El servicio de patrulla, por el capitán Subrio Escápula.—La artillería de campaña y la guerra ruso-japonesa.—El enlace telefónico en el campo de batalla.

BIBLIOTECA

- Pliego 14 de «Las vías de comunicación en las operaciones de campaña», por D. José Mas Casterad, capitán de infantería.
Pliego 62 de «Geografía Universal», por D. Luís Trucharte y Villanueva, comandante de infantería.
Pliego 2 de «Ocho días en Melilla», por D. Antonio García Pérez, capitán-profesor de la Academia de infantería.
Pliego 3 de «Topografía Militar», por D. José Ferré y Vergés, capitán de ingenieros.
-

LOS DIRIGIBLES Y LA GUERRA

La aplicación en la guerra de los dirigibles como arma está muy lejana todavía, y antes de que tenga lugar de un modo verdaderamente temible y eficaz es indudable que aparecerán elementos adecuados para neutralizar su acción. Los dirigibles, como factores ofensivos, habrán de influir forzosamente más en la guerra naval que en la terrestre, porque en ésta la resolución habrá de buscarse siempre en el medio donde vive el hombre, donde trabaja y el único donde puede permanecer de una manera permanente.

Pero si bien los dirigibles, empleados como arma, solo tendrán, en lo que por ahora se vislumbra, una esfera de acción limitada y reducida a casos especiales, no acontece lo mismo en lo relativo a la exploración y reconocimiento; y puede tenerse por seguro que en el primer choque que se verifique entre dos grandes potencias, aquellos artefactos vendrán a ser algo así como los ojos del ejército.

La espesa cortina que la caballería forma a vanguardia de los ejércitos y que obliga a los generales en jefe a establecer y desenvolver sus planes dentro de los límites de lo incierto, no será ya obstáculo para que los dirigibles reconozcan las grandes concentraciones de tropas, las marchas de columnas por carreteras y ferrocarriles y la disposición general del ejército enemigo.

Hay quien sostiene que la aparición de los dirigibles favorece más a la defensiva, porque ésta será avisada oportunamente de los planes de su adversario; mientras que otros sostienen que beneficia a la ofensiva, por-

que descubriendo los puntos menos fuertes podrá permitir la reunión de fuerzas en las direcciones convenientes, antes de que el adversario tenga tiempo de concentrarse y acudir á los puntos amenazados.

Como todos los progresos científicos é industriales, los dirigibles no ofrecen más ventajas á la defensiva que á la ofensiva, ni recíprocamente. A quien favorecen siempre es al general más experto, más decidido y emprendedor, al que poseyendo una iniciativa inteligente impone su voluntad al adversario.

Mas, desde el momento en que los dirigibles, remontándose por los aires, averigüen la disposición del enemigo y la den á conocer al ejército propio, los dos generales rivales se percatarán inmediatamente de los defectos de sus disposiciones, de los peligros que les amenazan y de las probabilidades más ó menos remotas de que tengan éxito sus planes. Sentado esto ¿qué es preferible? ¿utilizar los avisos de los dirigibles para parar los yerros y variar, si así conviene, la disposición de las tropas; ó bien entablar la lucha desde luego y aprovechar el choque para inmovilizar al enemigo y enmendar, durante la batalla, lo que requiera enmienda?

Un general vulgar tratará de aprovechar las observaciones de los dirigibles para adoptar un plan, sea estratégico, sea táctico, completamente perfecto; y difícilmente tendrá en cuenta, en todo su alcance, que si el enemigo obra de la misma manera, se originará necesariamente una confusión de ideas, y á la postre una incertidumbre, una perplejidad y una vacilación en extremo funestas. Es decir, que los dirigibles serán los ojos del ejército, pero el que trate de fundar sus planes en esos ojos, como tendrá más conciencia del riesgo que le amenaza, se hará más tímido é indeciso, y sus resoluciones resultarán tardías casi siempre.

Para el hombre de genio, los dirigibles le depararán todo linaje de ventajas. El general eminente confía en sí mismo antes que en las torpezas del enemigo; no le arredra el peligro, ni teme afrontar las situaciones más críticas; en plena posesión de sí mismo y seguro de que encontrará siempre combinaciones con que deshacer los planes del enemigo, utilizará las noticias de los dirigibles para conocer mejor la situación y disposición del adversario, pero no modificará las de sus tropas propias sino cuando, una vez empeñada la lucha, haya impuesto su voluntad á la del enemigo.

Con dirigibles y sin dirigibles, la guerra conservará siempre su carácter incierto, porque es ante todo y sobre todo el choque de dos voluntades. Claro está, sin embargo, que como los errores cometidos en la agrupación de las fuerzas serán en lo porvenir inmediatamente conocidos por el enemigo, el ejército que incurra en mayores yerros, tendrá muchas más probabilidades que hasta aquí de ser derrotado y aun destruido.

Por consiguiente, aunque el plan de campaña se compendia en la céle-

bre frase de Moltke, buscar el grueso del ejército enemigo y derrotarlo. para la ejecución de este plan se impone un despliegue estratégico, y en él, lo mismo que en la concentración que le precede, cabe equivocarse más ó menos gravemente. Al establecerse el contacto, el beligerante más torpe no dispondrá ya de tiempo para subsanar las faltas cometidas; de nada ó casi nada servirán los destacamentos de diversión, las columnas de caballería, ni los amagos de ataque; y mientras que aumentará su temor la persuasión de que su adversario ha obrado con más pericia, este adversario, conocedor de las equivocaciones de su rival, crecerá en confianza y se hará más decidido y audaz.

Lo mismo que en el terreno de la estrategia acontecerá en el de la táctica, concluyéndose de ello que los dirigibles, como todos los progresos humanos que se aplican al arte de la guerra, debilitarán más al partido más débil ó peor mandado, y reforzarán al más fuerte ó de mando más inteligente.

¿Quiere esto decir que no debemos preocuparnos de la aparición de los dirigibles en la guerra, y que aceptemos su intervención en ella con fatalismo musulmán? Todo lo contrario. Por lo mismo que los errores iniciales tendrán en lo futuro mucha más trascendencia que ahora, se impone el tener bien estudiadas, desde el tiempo de paz, todas las eventualidades posibles y acordada, en cada hipótesis, la concentración y el despliegue mejores. Al mismo tiempo, y en lo que concierne á nuestras fronteras terrestres, más fuertes de lo que muchos creen, aumenta la importancia de los fuertes barreras, porque en ellos ha de verse el más firme y eficaz medio de detener el primer golpe del enemigo y dar tiempo al ejército propio para modificar su plan, si así conviene. Por otra parte, ha de acentuarse en todas las jerarquías, principalmente en las más elevadas, el espíritu de iniciativa y resolución, á la par que acostumbrar al mando á mover grandes masas de tropas de modo que, según los principios tan magistralmente desarrollados por Napoleón, estén siempre dispuestas á concentrarse rápida é inmediatamente para combatir; volverá á recomendarse el empleo á distancia de grandes masas de caballería con artillería, no ya como elemento de exploración ó seguridad, sino para fijar y detener al enemigo; habrán de adoptarse formaciones más sutiles, hasta llegar al orden disperso, para los sostenes y reservas en el campo de batalla, puesto que las guerrillas casi siempre resultarán invisibles desde un dirigible; habrá de buscarse la protección de las vistas, para las grandes unidades destinadas á ejecutar el esfuerzo decisivo, en bosques y pueblos y no en el reparo que ofrezcan las montañas y barrancos; la artillería habrá de recurrir más que hasta aquí á las obras de fortificación, puesto que el abrigo de las posiciones semicubiertas será ilusorio en muchos casos; y, finalmente, se impone el estudio de una nueva pieza que pueda disparar con rapidez, según fuertes ángulos y á gran distancia, proyectiles de

cono de dispersión muy concentrado (los impactos de uno ó dos balines de shrapnel no comprometen seriamente, en general, la existencia de un dirigible), y la adopción de automóviles destinados á la persecución de globos, análogos á los ensayados en Alemania (1), pero adaptados á las condiciones de nuestro territorio.



LA FORTIFICACIÓN DE CAMPAÑA Y SU ELEMENTO FUNDAMENTAL LAS TRINCHERAS ABRIGOS

I

Las trincheras abrigos son el elemento fundamental de la fortificación de campaña. Empléanse lo mismo en las posiciones preparadas de antemano con tiempo y medios, que en el campo de batalla bajo el fuego enemigo; y desde el debil reparo que tiene por objeto desenfilarse de las vistas al tirador echado, hasta la trinchera reforzada con comunicaciones cubiertas, abrigos, etc., media tal distancia, que en ella quedan comprendidos casi todos los recursos de la fortificación de campaña.

Esa importancia de las trincheras abrigos, reconocida por todos, fué causa, no hace todavía muchos años, de que ilustres tratadistas—cabalmente los que con más entusiasmo y energía arremetieron contra el clasicismo y los tipos preconcebidos en fortificación—propusieran determinados modelos de trincheras, dándoles dimensiones fijas y haciendo depender la eficacia del atrincheramiento de la puntual observancia de lo que proponían. Por aquel tiempo aparecieron los perfiles belgas, los austriacos, los franceses, etc., á los que poco á poco se fueron agregando otros muchos, entre las que han sobresalido la trinchera carlista, la boer, la japonesa y la rusa de Port-Arthur.

Esta afición á lo dogmático no ha desaparecido: reglamento extranjero, de fecha muy reciente, hay, en el que se encuentran perfiles de trincheras para todos los gustos—y no para todos los casos—ni más ni menos que si se tratara de un libro histórico sobre la fortificación.

Y como sucede siempre que se escribe mucho sobre un punto concreto, ó cuando el ingenio de muchos se aplica á resolver un problema de esta naturaleza, se ha producido una verdadera confusión, que pagaron muy cara los japoneses y los rusos en la Manchuria, como la habían pagado antes los ingleses en el Africa del Sur.

Los diferentes tipos de trincheras abrigos se pueden reducir á cuatro: para tirador echado, sentado, arrodillado y de pie. No obstan-

(1) Véase el número 12, de 25 de Junio del próximo pasado año.

te, exceden mucho de un centenar los perfiles propuestos y empleados en la guerra.

No es ocasión de discutir el perfil; antes que ello hay que resolver una cuestión previa. ¿Cuándo y en qué casos habrá de emplearse uno determinado de aquellos cuatro tipos? La respuesta no es tan sencilla como parece: si se consulta á los autores, se verá que unos hacen depender la elección del tiempo disponible; otros de la mayor importancia del atrincheramiento con relación al conjunto de la posición; y la mayoría se callan y dejan la resolución al buen juicio del lector.

El tiempo disponible no puede ser jamás motivo suficiente para elegir un tipo de trinchera con preferencia á los demás. No ya en las posiciones preparadas de antemano, sino en la defensiva, en todos los casos, se dispondrá de dos ó tres horas, tiempo suficiente para construir la trinchera de más fuerte perfil y por desfavorable que sea la naturaleza del terreno. Solamente la ofensiva en las líneas de ataque, y la defensiva al cambiar la situación de sus tropas podrán verse apremiadas por el tiempo; pero tampoco en estos casos habrá de optarse por un tipo determinado, sino amoldarse á las circunstancias, pues tan torpe sería mantener una tropa tres ó cuatro horas tendida en trincheras para tirar cuerpo á tierra, como empeñarse en formar un perfil para tirar de rodillas sólo porque se disponga del tiempo suficiente para construirlo.

Tampoco la importancia relativa de los diferentes puntos de una posición da indicaciones exactas para saber qué tipo de trinchera ha de ejecutarse. Cuanto menor es el perfil, menos protección depara y á más incomodidad obliga al ocupante, de donde resulta que una trinchera de perfil medio no mantiene á la tropa en el debido grado de reposo y aptitud para el combate. Y no se objete que puede lograrse este objetivo disponiendo trincheras para las reservas y dejando en los atrincheramientos de fuego meros centinelas, porque menos trabajo exige, y resulta más eficaz, hacer trincheras completas en los puntos de secundaria importancia.

La cuestión ha de plantearse de otro modo: concretar el objeto de las trincheras, y una vez sentado esto, es claro que la más conveniente será la que lo satisfaga con menos trabajo y más reducido perfil; de este examen se deducirá si los cuatro modelos de trincheras son aceptables como tipos normales.

El primero y principal objeto de un atrincheramiento consiste en facilitar el uso del arma para sacar el mejor partido posible del tiro propio.

Cuando el fuego ha de prolongarse algún tiempo, y no limitarse á breves momentos, la posición que menos fatiga produce, la que permite más desembarazo y libertad de movimientos, y la que mejor contribuye á con-

servar la energía y la fuerza moral, es la de tirador de pie, á condición de que el fusil apoye sobre el terreno y no cargue sobre los brazos. El tirador sentado, arrodillado ó echado, se cansa pronto de mantenerse en esas posiciones, en extremo forzadas por la necesidad de acercarse al parapeto; en presencia de una tropa que avanza, el soldado tiende instintivamente á ponerse de pie, que es la posición natural en todo momento de peligro; como consecuencia, el tiro no tarda en perder eficacia y se hace incierto. Por otra parte los comandantes de sección, escuadra y grupo dirigen mejor el tiro y mantienen con menos esfuerzo la disciplina del fuego, si pueden moverse libremente, sin delatar con sus cuerpos la existencia de la trinchera, y les es fácil acudir al punto conveniente.

De donde se infiere que para obtener todo el fruto posible de los efectos del tiro propio, es menester que las trincheras permitan permanecer de pie al tirador. Los otros perfiles no satisfacen esta necesidad, ni se prestan al tiro en buenas condiciones mas que por brevísimos lapsos de tiempo.

El segundo objeto que deben satisfacer las trincheras es el resguardar al ocupante del tiro enemigo.

El perfil para tirar cuerpo á tierra no ofrece protección, propiamente hablando. Desenfila de las vistas la cabeza y parte del tronco, y esa protección indirecta, muy suficiente cuando solo se ha de permanecer tendido algunos minutos, resulta ilusoria y ocasionada á encender pánicos así que el enemigo se ha dado cuenta de la situación de la guerrilla y ha tenido tiempo para corregir el tiro.

En la posición de fuego, los perfiles para tirar de pie y arrodillado ofrecen igual protección, mayor que la que depara la trinchera para tirar sentado, pues en este último caso el soldado ha de ladear su cuerpo y separa el hombro derecho del parapeto. Pero como desde las trincheras no ha de hacerse un fuego incesante, sino que en ciertos períodos y pausas la guarnición debe procurar cubrirse completamente, se concluye que desde este segundo punto de vista, la única trinchera que satisface lo que de ella debe exigirse es la dispuesta para tirar de pie, pues la tropa puede sentarse en el fondo, ó mejor aún, en la banqueta que resulta de profundizar más la parte interior para formar un pasillo cubierto de circulación.

En resumen: no puede admitirse como tipo normal de trinchera más que la dispuesta para tirar de pie, pues reúne en alto grado las propiedades ofensivas y defensivas de todo buen atrincheramiento.

Las trincheras para tirar sentado ó de rodillas exigen un trabajo casi igual al de la primera; la diferencia de tiempo que se invierte en concluir éstas ó aquélla es insignificante, salvo casos excepcionales, como terreno en que la roca esté á flor de tierra, el agua se encuentre á poca profundidad, etc.

En la ofensiva, la trinchera para tirar echado presta excelentes servicios. Desenfila de las vistas la cabeza y parte del tronco y, como se construye en pocos minutos, permite ocultar á la guerrilla y desorienta al defensor, obligándole á continuos tanteos y cambios de alza para corregir el tiro. Pero si ha de permanecer ocupada más de quince ó veinte minutos, desaparecen sus ventajas, porque no resguarda el cuerpo del tirador, y la posición de éste resulta molesta y ejerce una acción deprimente sobre el espíritu.

Durante la guerra ruso-japonesa, en la que se hizo amplísima aplicación de la fortificación de campaña, quedaron palpablemente de manifiesto las consecuencias anteriores. En el primer período de la guerra, los beligerantes se valían á menudo de trincheras para tirar de rodillas ó sentados, pero la experiencia no tardó en demostrarles que no les reportaban el menor beneficio y que, consideradas como líneas defensivas, salvaban muy pocas vidas y, en compensación, fijaban demasiado y daban rigidez al frente de batalla. Por eso más adelante el único perfil admitido por rusos y japoneses para sus atrincheramientos fue el completo, para tirar de pie, y con el fondo en dos planos, más rebajado el del interior ó revés. Y en la ofensiva, los japoneses se valieron muchísimo de los perfiles para tirar echado, reducidos á un surco ó pequeña excavación donde acomodar el tronco, y un debil bonete que ocultara la cabeza; esas trincheras no tardaban en convertirse en otras para tirar de pie, en cuanto el ofensor se veía imposibilitado para seguir su avance y había de poner término, si quiera fuese temporalmente, al ataque.

Las trincheras para tirar de rodillas ó sentado solo pueden admitirse como fases del trabajo de transformación ó paso desde la elemental para tirador echado á la completa para tirador de pie; y aun ese perfil variable ó perfectible, solo tendrá aplicación, las más de las veces, en la ofensiva para las guerrillas y tropas más avanzadas; en la defensiva casi nunca, si bien en ella habrá de acudirse también á las trincheras para tirador echado, si no se quiere trocar la defensiva en inacción y letal pasividad.

Hay que prescindir pues de esa inmensa variedad de perfiles, y admitir como único tipo normal el de trinchera para tirador de pie, con un pasillo más rebajado para circular á cubierto y proteger á la guarnición durante las pausas de fuego; y para las guerrillas recomendar los pequeños fosetes ó excavaciones, individuales ó destinados á grupos de dos hombres, tres á lo sumo, que desenfilen de las vistas cuerpo á tierra. Los demás perfiles solo pueden admitirse como estados transitorios del trabajo al pasar de esos fosetes á la trinchera normal.

Pero, antes de admitir definitivamente estas conclusiones, conviene investigar si esa trinchera dificulta las reacciones ofensivas; así como si inmoviliza ó tiende á inmovilizar al ocupante, porque si tal aconteciera

sería menester proscribirla, ya que la fortificación debe ser un auxiliar, y no un estorbo, de la táctica. Esto es lo que examinaremos en otro artículo.

JUAN AVILÉS.

Teniente coronel de Ingenieros

EL ENLACE TELEFÓNICO EN EL CAMPO DE BATALLA

En las últimas grandes maniobras que han tenido lugar en Alemania, se dió un grande desarrollo á la comunicación telefónica entre todas las unidades y destacamentos en el campo de batalla simulada. Cada batallón disponía de un grupo de 16 telefonistas al mando de un oficial, y la artillería también multiplicó sus líneas de enlace entre los comandantes y las baterías y escalones. Esta aplicación del teléfono dejó muy atrás lo que se había practicado en la Manchuria, pues los japoneses, y luego también los rusos, se limitaron á relacionar por este medio los cuarteles generales de ejército con los de división y éstos con las brigadas, así como con los comandantes superiores de la artillería, si bien en las posiciones ocupadas durante mucho tiempo se extendió la comunicación telefónica á las diversas líneas de fortificación y á las principales obras y baterías.

¿Acaso Alemania se inclina á emplear, con la mayor amplitud posible, el teléfono en el campo de batalla? Algunos periódicos militares así lo creen, y no han faltado impugnadores á esa exageración de comunicaciones, alegando unos que en las baterías y en las líneas de fuego no se percibirán con claridad las vibraciones del teléfono, sosteniendo otros que los cables y conductores, que cruzarán en todos sentidos el terreno, no tardarán en ser rotos por el paso de tropas y caballos, afirmando varios que cuanto más fácil sea el enlace oral tanto más menudearán las órdenes y sobrevendrá la confusión, é indicando los más positivistas que así se restan fusiles á la línea de fuego y se aumenta sin provecho el número de los no combatientes.

La mejor crítica del desmedido empleo del teléfono en el campo de batalla, se encuentra en el siguiente artículo del nuevo reglamento de campaña del ejército alemán: "El empleo exagerado de los medios técnicos de comunicación, especialmente durante el combate, origina el grave inconveniente de coartar las iniciativas de los comandantes subordinados".

Por consiguiente, lo practicado en las grandes maniobras no puede ser considerado como indicio seguro de un cambio de orientación, sino como uno de tantos ensayos efectuados para deducir hasta qué punto es admisible el uso del teléfono. Porque las grandes maniobras deben llenar, efectivamente, la necesidad de aquilatar lo bueno y lo malo y el grado de eficacia de todo.

Cierto es que se observa, de algunos años á esta parte, una tendencia

exagerada á servirse en campaña de todos los progresos de la ciencia moderna, habiéndose creado una porción de nuevos servicios que probablemente tendrán poca aplicación en la guerra. Pero no por eso hay que desatenderlos, porque en el mismo caso se encuentran las armas por excelencia—el fusil y el cañón,—que se están perfeccionando continuamente y de los que no se ha obtenido, ni obtendrá, todo el fruto de que son susceptibles. No debe haber otro límite al empleo y adopción de los nuevos elementos técnicos, que el resultante de no perjudicar, en vez de favorecer, y en este caso se encuentra precisamente el uso del teléfono en el campo de batalla.

Lo indudable es la necesidad de relacionar por aquel medio el gran cuartel general con todos los dependientes de él, hasta los de brigada inclusive, así como con los comandantes de regimientos de artillería y con los destacamentos numerosos encargados de alguna misión especial.

Ir más allá es prematuro, por lo menos, y es de esperar que pronto confirmen esta apreciación los juicios de la prensa alemana. Pero quedarse más acá sería peor, tal vez, porque dada la extensión de los modernos campos de batalla se perdería toda unidad y concierto entre las diferentes unidades y fracciones.

El empleo del teléfono parece sencillo, y realmente lo es, aunque no tanto como muchos creen, pues no es lo mismo servirse de él para una conferencia desde el despacho, que emplearlo bajo el fuego enemigo con la oportunidad, la discreción y la concisión necesarias, para evitar, lo mismo la incertidumbre ó la duda, que la proligidad cuyo menor defecto es el desviar la atención del que recibe. Mucho más difícil es el tendido y servicio de las líneas, pues ellas han de tener un marcado carácter de movilidad, y su tendido ha de poderse efectuar con grandísima rapidez y atendiendo tanto á las circunstancias topográficas como á las de los movimientos de las tropas.

En España no se han efectuado, que sepamos, prácticas de esta clase, sino en muy pequeña escala, porque ha sido rarísimo el caso de que se reunieran en un campo de maniobras varios cuarteles generales. Y precisamente porque ha habido pocas ocasiones de practicar este importante servicio en circunstancias parecidas á las de la realidad, llamamos la atención sobre lo sucedido en Alemania, con objeto de que no se le dé—como parece se le ha dado en otras partes—más alcance que el que realmente tiene.

EL SERVICIO DE PATRULLA

En uno de los últimos números (157) del *Militär Wochenblatt*, se ha publicado un largo artículo en el que se examina prolijamente cuál debe ser el modelo de los partes impresos en que las patrullas de reconocimiento y exploración den cuenta de sus observaciones. Hé aquí un ligero extracto.

El Reglamento de campaña de 1900 admitía el uso de tarjetas postales, hojas de papel, etc., cuando no se disponía de impresos de partes; mientras que el Reglamento actual omite esa tolerancia, como dando á entender que tales impresos son un medio irremplazable para las comunicaciones por escrito.

Para el servicio ordinario, las tarjetas postales son excelentes, porque basta con que la dirección sea exacta y clara. Pero en campaña, la exactitud de la dirección no es garantía bastante de que el parte llegue á su destino, porque pueden presentarse al portador mil dificultades en su camino, y además se impone ineludiblemente que el destinatario entregue un recibo, para tener la seguridad de que el parte ha surtido sus efectos.

Los impresos bajo sobre presentan muchas ventajas: el sobre preserva al contenido de manchas y deterioros, y, devuelto al portador, servía de recibo. No obstante, resulta algo molesto el tener que llevar á campaña varios paquetes de sobres, además de los impresos, y el coste se eleva proporcionalmente.

En el modelo de impreso que prescribe el nuevo Reglamento, se substituye el sobre por una tira de papel que puede separarse fácilmente del parte. Esto tiene algunos inconvenientes. El sobre podrá guardarse en el pecho, bajo el cubrecabezas, en cualquier parte; la tira de papel, si se conserva en la mano donde se sostienen la lanza ó se llevan las riendas, puede extraviarse con mucha facilidad, y si se guarda en otra parte también corre peligro de perderse, á causa de sus pequeñas dimensiones; esta probabilidad de extravío, servirá de excusa para el que no cumpla con su deber, ó no ponga en la entrega del parte todo el cuidado debido. Los cuerpos, en general, se inclinan más en favor del parte bajo sobre, aunque el nuevo puede también plegarse y cerrarse si así conviene.

La cabecera de los nuevos impresos es igual á la de los antiguos. Pero en ninguno de ellos se encuentra en el recibo un lugar adecuado para anotar el lugar dónde ha sido entregado el parte. La primera pregunta que el jefe de una patrulla dirige al portador de un parte, á su regreso, es esta: ¿dónde ha encontrado V. al jefe de la columna ó al comandante de la división? Un portador precavido é inteligente, tal vez retendrá en la memoria el nombre del lugar, ó acaso lo anotará por escrito; pero ni aún así se logrará una completa certeza, sobre todo en país extranjero, si se han de re-

cordar ó escribir nombres desacostumbrados ó exóticos. Esta indicación puede tener también grande influencia en el enlace de los órganos de reconocimiento y exploración. En resumen, parece mejor encerrar el parte bajo sobre, poniendo en este y en el impreso las indicaciones necesarias.

La cabecera del parte podrá ser la siguiente:

15 centímetros

Borde del parte	Expedidor	Despachado	Lugar	Fecha	Tiempo
		Llegado			
	Parte n.º.....				
1 cm.	3 cm.	2 cm.	6 cm.	1 cm.	2 cm.

Las modificaciones introducidas consisten en reemplazar por la palabra "expedidor,, la frase "Empleo del que expide,, en vez de las columnas para los "meses,, y "días,, se pone una sola para la "fecha,, pues basta separar el mes del día por un punto ó un guión; lo mismo puede hacerse en la columna "Tiempo,, para las horas y minutos.

El sobre conviene así mismo modificarlo ligeramente, incluyendo en él cuanto pueda ser de utilidad al portador. El que proponemos es el siguiente:

16 centímetros

A.....		5 cm.
Camino:.....		
Observaciones:.....		
10 cm	Despachado:	Llegado:
	Lugar:	Lugar:
	Tiempo:	Tiempo:
	Velocidad:	
Este sobre será devuelto al portador.		1 cm.

Finalmente, aunque el Reglamento no exige una completa unidad en los modelos de partes, no puede negarse que esa unidad es muy recomen-

dable, y que presenta muchas ventajas en la práctica. La forma y el contenido, el instrumento y la ejecución ejercen efectos recíprocos, y es menester prestar atención á todos los detalles.

Hasta aquí el articulista alemán. La materia por él tratada tiene para nosotros una importancia capital, no ya precisamente por la forma y disposición del impreso, sino por el parte en sí mismo.

Las patrullas de reconocimiento y exploración son los ojos del comandante en jefe. De lo que ellas sean y den cuenta, depende la resolución del mando, el curso de las operaciones, y á menudo el éxito ó la derrota. La instrucción en el servicio de patrullas—que casi siempre habrá de encomendarse á sargentos ó cabos—está poco atendida en nuestro ejército, á pesar de su extraordinaria importancia, porque solamente la práctica puede enseñar á conducirse bien delante y á cortísima distancia del enemigo, y á *saber ver y distinguir*, porque ni interesa todo lo que se ve, ni pueden despreciarse detalles que no se ven, pero que se deducen de la observación. Conseguido este primer objetivo, se presenta otro no menos importante: ¿qué es lo que debe decir el jefe de patrulla y cómo debe decirlo? Cualquier falta de exactitud, el menor error, el confundir la presunción con la realidad, lo visto con lo creído ó supuesto, puede conducir á fatales consecuencias, y es tan fácil incurrir en prolijidades innecesarias entre las que desaparezca lo principal, como en concisiones de expresión que no den idea de lo observado, ó en confusiones de lenguaje. Y por último, viene la forma del impreso, que han de estar acostumbrados á manejar todos, oficiales, clases y soldados.

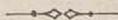
Los principales ejércitos tienen resueltos todos esos puntos, y en el alemán—como se habrá visto por el extracto anterior,—se procura mejorar más aún el último de aquellos, pues, como se dice con mucho acierto, todos los detalles son importantes, y están encadenados de tal manera que influyen los unos sobre los otros.

No estará de más, por consiguiente, que llamemos la atención sobre la absoluta necesidad de que todos los cuerpos practiquen estos servicios de patrullas, tan importantes como el tiro y las evoluciones, pero sin incurrir en el error de còmenzar por elegir modelos de impresos y repartirlos profusamente, [pues con ello no se habrá adelantado más que complicar el trabajo burocrático. Hay que ir al campo, en terrenos variados, moverse y practicar mucho, aprender á ver y á saber formular los partes. Cuando hayamos logrado esto, será ocasión de descender á los detalles, que casi es la única labor innovadora que aún les resta á otros ejércitos.

Hay que saber tirar, evolucionar y manibrar; pero antes, hay que saber dónde está, cómo está y quién es el enemigo, y saberlo antes de entrar en la zona de sus fuegos, antes de que ya no haya remedio para las equi-

vocaciones y torpezas cometidas. Y conste que para practicar bien el servicio de patrulla, ni es menester que las unidades estén muy nutridas, ni es obstáculo, antes al contrario, que haya muchos oficiales disponibles.

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA



LA ARTILLERÍA DE CAMPAÑA Y LA GUERRA RUSO-JAPONESA

El capitán Tieman N. Horn ha publicado, en el *Journal of the United States Artillery*, un interesante artículo sobre este tema, cuyas principales conclusiones extractamos á continuación.

Empleo

El comandante de la artillería *debe* ser consultado siempre sobre la posición, é informado del objetivo así como de todos los cambios que sobrevengan durante el desarrollo del combate.

Las posiciones ocultas son las mejores, debiéndose prohibir las situadas en las crestas que se proyectan sobre el firmamento. La posición ideal es una cresta situada 100-300 m. á retaguardia de otra de igual altura. Para batir los ángulos muertos que así resultan, se acude á una inteligente dispersión de las unidades, para obtener fuegos cruzados, con lo cual se disminuye el efecto del tiro enemigo y se aumentan sus dificultades. Al tomar posición detrás de una cresta, es menester una desenfilada de 5 metros de altura para ocultar el fogonazo del disparo.

Antes de situar la artillería, su comandante, con sus subordinados, reconocerán minuciosamente el terreno; aquél acompañará al comandante en jefe á visitar el terreno, para conocer el plan y dar instrucciones á sus tropas y explicarles las disposiciones del enemigo; asegurar el abastecimiento y establecer el enlace entre la artillería y las otras armas.

La artillería debe recibir sin pérdida de tiempo cuantas noticias le interesen; por esto es de aconsejar el envío de algunos oficiales de artillería á las tropas avanzadas. Se garantiza la cooperación entre las armas, destacando otros oficiales á las guerrillas de infantería.

Se aumenta la acción de la artillería, por medio de los preliminares siguientes:

1. Determinar los antecedentes del fuego;
2. Organizar un buen servicio de información y enlace;
3. Escoger buenos puestos de observación;
4. Preparar abrigos;
5. Apostar los cañones sin que lo advierta el enemigo.

Cuando convenga apoyar á otras tropas, se trasladarán las piezas de una posición á otra, atendiendo á la rapidez antes que á las condiciones

técnicas y tácticas; si bien ha de procurarse siempre obrar con el mayor acierto.

La artillería se esforzará en establecer y asegurar el enlace con las otras armas, para que la cooperación de todas sea efectiva.

Si la artillería ocupa una posición aislada, debe haber una guardia para apoyarla, particularmente en terreno cubierto ó en los frentes muy extensos.

Los oficiales encargados de los reconocimientos, además de informar sobre la facilidad de acceso á la posición, libertad de movimientos eventuales, campo de tiro, protección, disposición y fuerza del enemigo, etcétera, dibujarán bosquejos panorámicos de fácil interpretación, y darán cuantos datos de fuego convenga conocer sobre cada posición.

En la ofensiva, la artillería obliga al enemigo á mostrar su fuerza, destruye la artillería adversaria y apoya el avance de la infantería. La utilidad de la artillería de campaña aumenta, no tanto por las pérdidas que ella inflige, como por las que evita á su infantería propia.

A causa del posible secreto de su preparación y de su grande alcance, la preparación del avance podrá hacerse generalmente á cubierto.

Las posiciones de artillería forman la armazón de la formación de batalla.

Al avanzar las tropas propias se acelerará el tiro, y más aún cuando aquéllas lleguen á la zona de los obstáculos y defensas accesorias, para obligar al enemigo á mantenerse en los abrigos ú oculto detrás de los parapetos.

En la defensiva, la artillería ha de dominar todas las avenidas y disponerse de modo que pueda entrar rápidamente en posición y hacer converger sus fuegos. Se ocultará la posición de las más de las baterías hasta el momento en que puedan obrar con eficacia contra el ataque.

Durante las retiradas, la artillería llegará hasta el sacrificio, si es menester, para que bajo la protección de su fuego se reorganice y reanime la infantería. Durante su retirada, la artillería se sujeta á los mismos principios que la infantería, replegándose por escalones. Procurará que fracase la persecución; obligando á desplegar al enemigo.

En la persecución, la artillería á caballo ocupará las alturas del terreno, acompañando á un aire vivo á las fuerzas de caballería. Si ocupa rápidamente los puntos que dominen las líneas de retirada, introducirá la confusión en las tropas enemigas.

Enseñanzas

Las enseñanzas artilleras que se deducen de la guerra, son principalmente negativas.

El método japonés de tiro indirecto consistía en cuadricular el terreno y batir una cuadrícula determinada.

La mejor reserva para la artillería de campaña es una abundante dotación de municiones. Durante toda la campaña, los rusos pagaron muy caro su funesto sistema de subdividir las baterías y mantener en reserva la masa principal de artillería.

Ninguna de las dos artillerías acompañó debidamente á su infantería; ambas fueron muy tímidas en sus métodos tácticos y consumieron enormes cantidades de proyectiles en el fuego á grandes distancias.

Los inconvenientes de derrochar municiones en la exploración del enemigo quedaron manifiestos, y demostrado que si se desconoce la situación del blanco no conviene gastar muchos proyectiles.

Se puso de manifiesto, también, la imposibilidad de que la artillería cambie de posición durante la batalla, aunque en alguna ocasión los japoneses obraron de otra manera.

La artillería fué poco empleada durante la noche; se aprovechó la obscuridad para cambiar de posiciones y asegurarse abrigo, con objeto de romper un fuego inesperado al amanecer.

Quedó fuera de duda la utilidad del escudo. Los japoneses improvisaron para sus cañones unos escudos de tablas, de 6 cm. de espesor.

De ordinario, la artillería no entraba en acción sino después de poseer todos los datos de tiro. Se hizo mucho uso de los puntos avanzados de observación, cuya absoluta necesidad quedó demostrada para el buen efecto del fuego, aunque se tropezó con grandes dificultades, antes del empleo del teléfono, para establecer el enlace y transmisión.

La concentración de fuego, particularmente por masas de artillería separadas, tuvo completo éxito.

En muchos casos, la artillería fué reducida al silencio, pero quedó dominada temporalmente y no destruída; las baterías se abrigaban algún tiempo y volvían á romper el fuego. La destrucción del material enemigo es una de las primeras necesidades, por lo cual el "duelo de artillería" no es una cosa del pasado, y se impone una buena granada explosiva.

Para evitar que el enemigo se prepare, no ha de disponerse el ataque de la infantería sino hasta el último momento, pero, una vez empezado, debe ser vigoroso, continuo y decisivo, utilizando el tremendo poder del arma; la infantería ha de ser apoyada por el fuego de la artillería desde su posición de despliegue hasta el momento en que se inicie el asalto. Así se obtiene una nueva "zona de seguridad", y entonces los cañones avanzan á nuevas posiciones.

El fuego de artillería durante el avance de la infantería tiene por objeto, no solamente destruir y causar bajas, sino mantener al enemigo oculto ó destruir la eficacia de su tiro contra nuestras líneas avanzadas. No cesará desde que la infantería se encuentre á 300 metros delante de las piezas hasta que llegue á 300 metros de la posición enemiga.

Estos son hechos que la infantería debe saber y aceptar. El silbido de

un proyectil de artillería sobre la cabeza, inspira cierto temor, pero la situación lo impone. Son muy contados los accidentes producidos por este hecho; para descartarlos, en lo posible, un oficial de artillería acompañará á la infantería que avance, para obrar como agente de comunicación cuando se llegue á la zona de asalto.

Es difícil dotar de suficientes municiones á los cañones de tiro rápido para una batalla de varios días de duración. No obstante, las tropas *deben* entrar *preparadas* para tan largas batallas. Dada la longitud de líneas de los modernos campos de batalla, los teléfonos de campaña son imprescindibles.

Aquella guerra demostró que la artillería de campaña no se puede improvisar, y que en tiempo de paz ha de tener todo el efectivo necesario.

Todo el poder de la artillería radica en su fuego rápido, y pueden ser consumidas en muy poco tiempo toneladas de municiones; pero solo hay que tener en cuenta los impactos. La instrucción de tiro es muy importante. Todo comandante de artillería de campaña debe ser artillero práctico y hombre de ciencia. Si ha de faltar una de ambas cualidades, es preferible que el oficial sea práctico que científico.

La lección culminante es que la artillería esté siempre *preparada*. Sería interesante saber cuántos oficiales se ocuparon en Tokio, desde la terminación de la guerra chino-japonesa hasta 1904, en preparar el plan de campaña contra Rusia.

Las enseñanzas principales que se deducen de la guerra son, en resumen:

- 1.^a La concentración de fuego de grandes masas de artillería es absolutamente esencial para el efecto eficaz;
- 2.^a La infantería debe ser apoyada hasta el límite de la posibilidad;
- 3.^a La infantería debe saber que los cañones tirarán por encima de ella, desde la distancia de 300 metros hasta que lleguen á la misma distancia de las líneas enemigas;
- 4.^a Para utilizar toda la potencia del cañón moderno, es menester dotarle de todas las municiones que necesita;
- 5.^a Es esencial que se comunique el objetivo, así como el progreso y desarrollo de la acción al comandante de la artillería, para obtener la cooperación de todas las armas en el campo de batalla.

